

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal, con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos).

La limosna del trabajo

Al mismo Santo Tomás de Villanueva con ser tan discreto, le dió una lección de economía santa un maestro de obras.

Por consejo de algunos canónigos y personas de su confianza había mandado levantar un piso en el Palacio arzobispal por la parte contigua á la Catedral. Prolongábase la obra más de lo que el Santo quisiera, y costaba, por consiguiente, más de lo que había calculado. Con este motivo estaba un día muy pesaroso de haber emprendido la obra, contando que todo aquello era como si se robase á los pobres, así lo dijo á uno de los canónigos con quien solía consultarse. El canónigo trató de consolarle, pero en vano, pues él creía la obra como una cosa supérflua y de lujo, ó por lo menos no muy necesaria.

Habiéndolo sabido el maestro de obras, y conociendo el carácter del Santo Arzobispo, reunió un día de fiesta á todos los trabajadores, con sus mujeres é hijos, haciéndolos que llevasen puestas las ropas que solían usar diariamente, y que no serían muy nuevas, y salió á su encuentro á la salida del Palacio arzobispal.

—Señor Arzobispo, estos pobres vienen á dar gracias á su reverencia por la limosna que les hace todos los días.

—¿Pues en qué socorro yo á tanta gente?—preguntó á uél.

—Estos son—repuso el maestro de obras—todos los jornaleros y demás trabajadores empleados en las obras del Palacio; el invierno es muy crudo, y hay muy pocas obras en que trabajar. Si no fuera por la obra del Palacio, quizá no tendrían qué comer, y ellos y sus mujeres é hijos andarían mendigando, y tendría vuestra reverencia que darles limosna sin trabajar, al paso que en la obra trabajan y ganan honradamente que comer para sí y sus familias, que con ellos viven. Pobres por pobres, señor Arzobispo, mas dignos de limosna son éstos que otros.

Cayóle muy en gracia al Arzobispo esta lección del alarife, y le alivió

de un gran peso, conociendo que la limosna del trabajo es quizá, si no la mejor, de las mejores limosnas.

DOBLE BALANZA

I

Perillán, mandrín, granuja ó pillo que armado de navaja ó de cachillo penetra en tu mansión y te desbanca y en noche negra te dejó sin blanca, á ese tal ¡oh querido Salustiano! se le llama LADRÓN en castellano.

II

Mas, si por malas artes del infierno y auto, consejo ó ley de mal gobierno ciertos pillastres á la Iglesia roban, y al fraile matan y á la plebe empujan dejando sin cogulla y sin manteo al lego y al guardián y al pobre cura. ¡¡¡Oh incauta plebe, incauto Timoteo!!! INCAUTACIÓN se llama esta figura.

I. M.

Cuestiones de ahora

—No sé qué le diga á usted, D. Filoteo, pero me parece un poco duro eso otro que, según dicen los curas, hay que hacer ahora en Cuaresma. Me refiero á lo de cumplir con la Iglesia.

—No sé en que pueda consistir esa dureza. Todo depende de que creas en la Confesión.

—Pues ahí está el toque: que me cuesta trabajo creer que Dios mande que nos confesemos con los que, en resumidas cuentas, son hombres como todos los demás.

—¿Y por qué no puede Dios mandarte que te confieses con un hombre que á la vez es su ministro?

—Mire usted... como poder... sí que puede, pero no me cabe la menor duda de que eso de confesarse lo han inventado los curas, para dominar más fácilmente á los tontos que caen en el garlito.

—De modo que tú eres de esos sabios que creen que la confesión la inventaron los curas, ¿no es eso?

—Sí, señor. Como al pueblo se le puede engañar tan fácilmente, los

curas lo engañaron haciéndole creer en la confesión, y de esta creencia en que estoy no me apea nadie.

—¿Que no te apea nadie? Ahora lo verás. Mira: si es tan fácil engañar al pueblo, más fácil será engañar á veinte ó treinta personas del pueblo. ¿no te parece?

—Indudablemente que sí.

—Bueno. Pues yo te daré una tarjeta, é iras á casa del Sr. Cura para que te preste un confesonario.

—¿Y á que viene ahora esto?

—Ten paciencia, y escúchame. Vas á pedir al Párroco que te preste uno de los confesonarios que tiene en la Iglesia y....

—Pero, ¿para qué quiero yo eso?

—Ahora lo verás. Le vas á pedir un confesonario, y lo vas á llevar á tu casa.

—¿Y para qué, D. Filoteo?

—No seas impaciente, y déjame hablar. Vas á llevar el confesonario á tu casa, y lo vas á colocar en la cocina, ó en el patio, ó á la entrada de tu casa.

—Bien, D. Filoteo, ¿y qué hago yo con eso en mi casa?

—Una cosa muy fácil. Cuando ya lo tengas colocado en uno de los sitios que te he indicado, te vas á sentar dentro de él.

—¿Ave María purísima! ¿Está usted loco, D. Filoteo? ¿Quiere usted que yo haga el tonto? ¿Qué hago yo sentado en el confesonario?

—Oyeme. Cuando estés sentado, debes llamar á tu mujer y á tus hijos, para que se confiesen contigo, y después sacas el confesonario á la puerta de la calle, y conforme vayan pasando por allí los vecinos y las vecinas los llamas para que te digan en confesión todos los pecados que tengan, y aunque al principio no hagan caso, tú terne que terne no desistas hasta que los convenzas de que tienen obligación de confesarse contigo.

—Pues tiene eso gracia, D. Filoteo. ¿Cree usted que mi mujer, y mis hijos, y lo vecinos de mi calle se iban á vencer jamás de que tenían obligación de confesarse conmigo?

—Esa pregunta no me la hagas á mí. No sé que dificultad puede haber para

que se convenzan de ello. Pues si tú crees que los curas engañaron al mundo entero haciéndole creer que todos los cristianos tienen obligación de confesarse con ellos, porque así lo manda Dios, y crees también que es una cosa muy fácil engañar á todos los cristianos, que componen muchos millones, y entre los que hay muchos, muchísimos miles de millares de sabios, de verdaderos sabios, más fácil será lo que yo te pido que hagas. Yo no te pido que trates de convencernos á todos los cristianos de que tenemos obligación de confesarnos contigo y con todos los librepensadores. No te pido tanto. Me contento con que convenzas á tu mujer, á tus hijos, y á los vecinos de tu calle; que ya ves que es bien poco en comparación de todo el pueblo cristiano, y que los convenzas de que tienen obligación de confesarse contigo, porque así lo manda Dios. Conque manos á la obra, y vete por el confesonario.

—Pero, D. Filoteo, ¿si eso que usted pide es de todo punto imposible? ¿Cómo quiere usted que lleguen á convencerse de eso?

—No importa. Tú procura engañarlos. ¿No dices que los curas engañaron al mundo haciéndole creer que Dios manda que nos confesemos con los sacerdotes? Pues tu mujer, tus hijos, y tus vecinos bien poco significan en comparación de todo el mundo cristiano: engáñalos, y así, si logras esto, puedes decir: del mismo modo que yo he convencido á mi mujer, á mis hijos, y á los vecinos de mi calle de que tienen la obligación de confesarse conmigo, lo mismo harían los curas. Conque ámate. ¿Te atreves?

—D. Filoteo: yo no me atrevo á hacer imposibles.

—Pero... pedazo de... librepensador ¿es acaso imposible eso que te pido?

—Sí señor. ¿Cree usted que ni mi mujer, ni mis hijos, ni mucho menos los vecinos de mi calle se iban á convencer de que tienen obligación de confesarse conmigo? ¿Cree usted que este engaño sería posible?

—Yo no lo sé. Eso tú lo sabrás. Tú que dices que los curas engañaron al mundo cristiano, haciéndole creer en la confesión, y añades que hacerle caer en ese engaño era cosa muy fácil. Así que á mí no me preguntes esas cosas. Y si te empeñas en preguntarme, la respuesta que te doy es esta: eres el hombre más mentecato que yo he conocido; pues si tú mismo confiesas que es de todo punto imposible convencer á tu familia y á tus vecinos de que tienen obligación, por haberlo así mandado Dios, de confesarte á tí los pecados, más imposible hubiere sido engañar á tantos millones de cristianos de todas clases y condiciones, de regiones diversas, y no por un mes, ó un año, sino por tantos siglos

como lleva de existencia el cristianismo. Tu mismo comprendes que un engaño así, no hubiera sido posible, y la prueba la tienes en la imposibilidad que encontrarías para hacer creer á tus vecinos que tenían obligación de confesarse contigo. Se dice muy fácilmente que los curas engañan al pueblo cristiano haciéndole creer en la obligación de confesarse sus pecados á los sacerdotes, y no se repara en que esta afirmación era el mayor absurdo, la mayor barbaridad, el más grande de los disparates que pueden pronunciar los labios humanos. Si los enemigos de la confesión tuvieran un poco más de sal en la mollera, deberían discurrir de este modo: el pueblo cristiano lleva 19 siglos creyendo en la confesión como un mandamiento impuesto por Dios. Esto no puede ser invención de los curas, porque ningún cura hubiera podido persuadir á tantos millones de cristianos y hacerles creer como una verdad lo que en realidad era una mentira: el error se hubiera descubierto enseguida, y nadie se hubiera creído en el deber de abrir su conciencia á ningún hombre aunque fuese este un sacerdote. Si, pues, el pueblo cree en la confesión, es señal de que ésta ha sido mandada por Dios. ¿Qué te parece, Teóforo?

—Hombre; eso si me parece verdad.

—Pues entonces, déjate de tonterías, y á cumplir con la Iglesia como Dios manda.

FILOTEO.

Humor y pasquines

Estos días está haciendo las delicias de los guasones de París un gran cartel pegado en los sitios públicos de la capital de Francia, que dice lo siguiente:

*Se han perdido
entre la Cámara
de los diputados y el*

Palacio de Borbón

MIL MILLONES

Los pretendidos mil millones de las Congregaciones Religiosas prometidos el 28 de Octubre de 1900 por Waldeck Rousseau, ministro y presidente del Consejo, según el cual la confiscación de la propiedad de los Religiosos produciría la suma de mil millones de francos.

Para la caja de retiros obreros

Hoy la liquidación está hecha, las Congregaciones dispersadas y sus obras de Beneficencia y Enseñanza arruinadas.

Los retiros obreros ni se han visto ni se verán.

Y de los mil millones

entendido bien; de los mil millones que se os ofrecieron nueve millones solamente entraron en la caja del Estado.

El resto se ha evaporado entre las manos de los pretendidos amigos del pueblo que han llenado sus cajas ¡antes de pensar en la de los retiros obreros!!

CHARLA

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja!

—¿Qué te pasa, hombre, que tan alegre vienes?

—¿No le ha visto V. pasar por aquí con una velocidad de 20 kilómetros por segundo á ese protestante que trae medio revuelto al barrio con sus *Biblias* estafalarias?

—No.

—Ja, ja, ja, ja! Ja, ja, ja, ja,

—Vaya, chico, esperaremos á que se te acabe la risa para que cuentes.

—Ya se me acabó y voy á contarle... espere que todavía me queda una poca... ¡ja, ja, ja!

—Recuerda V. de aquel rapaz protestante que metí en mi taller... con la esperanza de ver si lo convertía?

—Sí, lo recuerdo, como recuerdo también que yo te dije entonces: —Ten cuidado, Andrés; el trato con herejes es peligroso, tanto que el mismo Jesucristo ha dicho: «Si alguno viene á vosotros y no trae mi doctrina no le recibais en casa, ni le saludéis, porque quien le saluda comunica con sus acciones perversas.»

—Yo quería traerlo á buen camino, pero si me descuido me hace protestantes á todos los del taller.

—Como que no todos están lo suficientemente preparados, ni son lo bastante fuertes para resistir las tentaciones del enemigo. «Quien ama el peligro en él perecerá»

—Ello fué que yo lo eché de mi casa mas que aprisa, y vino su padre, otro que tal, á pedirme explicaciones; yo se las di muy amable; él creyó que *todo el monte era orégano* y ¡zas! aprovechó la entrevista para espetarme la mar de dicharachos protestantes. Como era una tarde que no tenía yo mucho que hacer, me decidí á escucharle y á echar mi cuarto á espaldas con él.

Verá V. lo que me dijo y lo que yo le contesté. Empezó diciéndome que si había leído alguna vez la *Biblia*. —Sí señor, toda de cabo á rabo y la mar de veces, le contesté. Esto le dejó un poco parado, pero como á *latosos* no hay quien gane á los protestantes y á los *ingleses*, que vienen á ser lo mismo, continuó.

—No sería seguramente esta nuestra, pues tiene V. ideas un poco equivocadas, según me informó mi hijo, de la verdadera religión y de cómo se debe amar á Cristo nuestro Redentor y Salvador.

—No, señor no fué la *Biblia* de V. sino la nuestra la legítima, la verdadera. —La verdadera es ésta. —¡Qué! díjeme yo, si esa está mas falsificada por ustedes que burro de gitano. ¡Cómo se puso! Empezó á abrazarla y á besarla con unos aspavientos que me dieron risa. Mire V., continuó, leala, hágame ese favor y despues ya me responderá. —Mire usted, le dije yo muy guason, llévesela, y tirela al fuego y despues verá qué tranquilo se queda... como yo que no la he leído ni la pienso leer jamás porque ¡buena la hacia! —E resisten ustedes al conocimiento de la verdad; viven ustedes pegados á la rutina. ¡tiemblo, tiemblo

por su salvación!—No tiemble usted tanto por que tengo leído la mar de veces en un libro que todavía no han podido coger ustedes para falsificarle, que cuando a un gran amigo de Lutero, Melancthon ó Melocoton, creo que se llamaba, se le estaba muriendo su madre, esta le llamó y le dijo: hijo mío, yo quiero salvarme á toda costa ¿voy bien por el camino tuyo ó será mejor el de la Iglesia Católica? Madre, contestó el Melocoton aquél, el protestantismo es bueno para vivir con mayor soltura, pero para morir bien, pese á Lutero, la católica Iglesia es la segura.

—Esas son calumnias de los papistas.

—No [haga usted caso, esa es la verdad pura y neta; si en cuantas ocasiones han sostenido los protestantes polémicas con católicos instruidos otras tantas han salido ustedes mas corridos que una mona. Mire V. yo poco he leído, pero apriete usted las clavijas á ver quién queda mas ahorcado.

Ante todo debo decirle, siguió el protestante, que nuestro padre Lutero se separó de la obediencia al Papa, porque vió en Roma mucho fausto y mucho comercio, y eso no lo ha mandado Jesucristo.

—Por lo que se separó Lutero de la obediencia al Papa ó sea al Vicario de Cristo en la tierra mal que pese á todos ustedes, fué por ser un monje ambicioso, soberbio, perjuro, apóstata, lascivo y brutal, ya ve V. si yo tambien se historia. Y si el Papa está rodeado de buenas cosas no es por su persona sino por representar á quien representa. Además que dentro de ese aparato de grandeza de que se halla rodeado vive vida bastante mortificada, y da á los pobres y á las Iglesias pobres la mayor parte de lo que á él le dan siempre sus fieles hijos, como V. nunca se cansaría de dar buenas cosas á su padre y de rodearle de todas las comodidades posibles.

—No se compagina bien eso con la pobreza que en todas ocasiones manifestó Jesucristo.

—Jesucristo era Jesucristo y nada necesitaba de nadie porque todo era suyo. Pero el Papa si no rechaza los honores que se le dan y los obsequios es porque sabe, como todos sabemos que no son tributados á su persona sino á su dignidad. ¿Puede un representante cualquiera del Rey, escusarse de los honores reales que se le tributen allí donde esté representándolo, aunque él, por si mismo, nada de eso merece? ¿No sería un agravio á la dignidad representada?

En su rabieta, el protestante, llegó hasta decirme que no habia necesidad de obedecer al Papa ni á los obispos, y eso que ellos obedecen á sus pastores, ú obispos, casados ó por casar; que bastaba con tener fe en Dios, mucha fe para ser salvos como se dice en el Evangelio: «Quien creyere y fuere bautizado será salvo mas el que no creyere será condenado.» ¿Qué tiene V. que oponerme á esto? me objetó arrogante. Que el Evangelio habló siempre á los que tienen sentido comun y por esa razón no dijo mas len ese párrafo; que en otros mas adelante y que ustedes han cortado porque así les convenia, si dice mas. ¿Quién no sabe que la fe sin obras es fe muerta? Oígame, se conformará usted con que yo le diga que le quiero mucho, que creo en U. si no se lo demuestro con obras? ¿Se conformará U. con que diga que creo en el protestantismo si no me ve practicar sus ceremonias? ¿Y quiere U. que Dios se conforme con

que le digamos: Creo en tí Señor y luego ¿zas! á pecar fuerte?

Qué negocio para los criminales, para los pillos, como usted comprenderá, es tal religión: «Peca mucho que si crees eres salvo» No me extraña que á todos los malos católicos y á todos los granujas del Universo les guste mas la religión protestante que la católica, como que es mas cómoda... ¡dígal!

Vaya ¿á que no me presenta U. un solo caso de católicos que se hayan pasado en la hora de la muerte al protestantismo ni á ninguna otra religión y en cambio á que le cito yo á U. infinidad de casos de protestantes y de otros pill avaros por el estilo que en esa hora, libre de falsas; se acogieron al Catolicismo como único puerto para llegar á salvarse? Y esto ¿no prueba mas que todo cuanto U. y yo podamos decir?

El muy tuno, eludió las preguntas y se fué derecho á sus argumentos rutinarios. ¿Pero, cómo U., me dijo, de ilustración poco común, á pesar de ser un obrero...

—estudié algo en mis tiempos; le interrumpí, solo que la necesidad me obligó á cambiar de rumbo,—cómo usted puede admitir eso de la confesión... y del purgatorio, y de la misa y del culto á los santos que es idolátrico, y de otras cosas que no se compaginan con la sana razón.

Si á Dios ofendo á Dios le pido perdon directamente, pero no á ningún hombre tan pecador ó quizás mas que yo.

—Soberbia, pura soberbia. Me confieso no con cualquier hombre, sino con los ministros del Señor con aquellos á quienes El dió facultades para perdonar y retener los pecados según reza el Evangelio, no el de ustedes, sino el legítimo: «Apareciéndose Jesús á sus discípulos después de su gloriosa resurrección les dijo: «Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonareis los pecados, les serán perdonados y á los que se los retuviereis, les serán retenidos.» Esto mismo ya lo dijo cuando en Pedro instituyó el Papado que duró y durará hasta la consumación de los siglos; rabien ustedes, los hijos desobedientes de ese bondadosísimo Padre puesto por Dios en la tierra para que le amemos y obedezcamos si queremos salvarnos.

¿Que el sacerdote con quien yo me confiese es mal sacerdote? Alla è, eso no es cuenta mia. Dígame U. el valor de la sentencia dictada por un juez civil ¿depende de la moralidad del juez ó de su jurisdicción?

De lo del purgatorio le digo que es una cosa tan puesta en razón que hasta los pueblos salvajes piden á sus dioses por los difuntos, en la creencia de que estan en un lugar de expiación. ¿Es racional que yo que me pasé la vida gozando de todo, si me arrepiento á la hora de la muerte vaya tan derecho al cielo, como el penitente que pasó largos años de mortificación por sus pecados? Pero qué poco mehollo tienen ustedes.

Y para acabar pronto; lo de la misa; como viva representación que es de la vida, pasión y muerte de Cristo y del sacrificio que este Hijo de Dios hizo de si mismo para la salvación de todos los hombres, los católicos debemos oirla y meditarla, ¿estamos?

Ah, se me olvidaba; el culto que damos á los santos no es idolátrico, qué ha de ser, si no es como el que damos á Dios. A ellos les tomamos como intercesores nuestros y como

ejemplos que debemos imitar, ni mas ni menos. Ustedes todo lo trafalcan.

¿Estuve bien ó no?

—Supiste, supiste defenderte; pero prosigue; me interesa tu conversacion con el re-negado.

—Pues la cosa fué poco á poco acabándose. Dígame también que los curas pedían sufragios por las almas porque con ellos ganaban buenos cuartos.

—Mire Ud. yo puedo hacer la mar de sufragios por los difuntos sin que me cuesten un cuarto y estas facilidades la misma Iglesia Católica Apostólica Romana me las da. Además que los curas, como hombres que son, necesitan comer y para comer necesitan ganar. El cura vive del altar, como yo vivo de mi taller. Ellos no tienen los grandes sueldos que tienen los pastores de ustedes sin que esto les baste todavía para atender á la pastora y á los pastorcillos, razon por la cual les chupan algo á ustedes si es que usted no chupa tambien, porque en el protestantismo hay mucho comercio, como que á él van á parar muchos puntos que yo conozco.

Rabioso, al tocarle en el amor propio y sintiéndose cogido, saltó no se qué barbaridades mas contra el Sacramento del Altar y el culto á la Virgen Santísima; entonces yo, ne me enfurecido que aquel herejote, cogí una tranca que tenía á mano y le dije.

—Mire usted, ya que mis argumentos razonables no le convencen á ver si este que es el argumento mas convincente conocido, le pone á U. en camino recto y seguro de salvación. ¡Maria Santísima! Si le viera U. levantar se con la celeridad del rayo y poner pie en polvorosa se hubiera U. reido como yo me quedé riendo. ¡Ja, ja, ja, ja!

—Menos mal que tu supiste contestarle, pero cuántos hay, católicos tibios é ignorantes de lo mas necesario en la religion que profesan, que les oyen á estos vivos y les creen y leen sus falsas biblias con el mismo interés que leen todo lo malo, todo lo prohibido por peligroso, por herético. Tienen medios de ilustrarse en lo que les conviene saber y entender y no se ilustran, y de este abandono se aprovecha el enemigo de las almas para extraviarlas, para perderlas.

La Iglesia Católica tambien pone al alcance de sus hijos la Biblia y los Evangelios, lo que hay es que no basta leerlos para entenderlos, y que no todo debe leerse, necesitase previo estudio como para todas las cosas y por eso solo al Papa y demás pastores de la Iglesia pertenece interpretar la Sagrada Escritura porque ellos son los que por disposición de Dios pueden fijar el verdadero sentido de los libros santos. Los protestantes creyendo lo contrario é interpretando cada uno á su modo la Sagrada Escritura han incurrido en los mas grandes errores, así sucede que hay tantas opiniones en esa religion herética como lectores, y no se entienden unos con otros.

Puesto que el caso lo merece otro día seguiré charlando de lo mismo á ver si los engañados en su buena fe abren los ojos, á la verdad.

—Sí, sí, deme argumentos para que pueda yo entablar discusión pública con esos herejotes.

—Te advierto que la Iglesia tiene prohibidas las disputas de los católicos legos con los herejes, pues de estas disputas no resulta nunca nada; nadie quiere ceder aunque no

tenga razón, el orgullo, la pasión andan mucho de por medio.

—¿No dicen que de la discusión sale la luz?

—Déjame concluir. Solo pueden discutir de estas cosas aquellas personas autorizadas que, por su ciencia y su posición, deban entrar en ellas y aun eso con precauciones y generalmente compelidos por la necesidad. ¿Sabes lo que hacía un señor sacerdote que yo conocí por cierto de extensa y profunda ilustración? Nunca disputaba con los protestantes de su parroquia: les daba algún libro á propósito y les suplicaba lo leyesen con reflexión. Así convirtió á muchos.

Usa tu este procedimiento y verás que te da mejores resultados.

—Pondré en práctica tu consejo.

Nuestros lectores nos dispensarán la extensión de estas *Charlas* considerando que la importancia del asunto lo requiere y aun así; á pesar de esta extensión, no podremos decir cuanto quisiéramos, teniendo que tocar solo los puntos principales y estos ligeramente para no hacernos interminables. De vez en cuando algo iremos recordando contra el protestantismo.

Sofismas anticatólicos

—Cuando uno de mis hijos comete una falta y la confiesa sinceramente, y conozco que está arrepentido de ella, se la perdono al momento: pero si se obstina en callarla, ó si no da señales de arrepentimiento, entonces le castigo inexorablemente.

—¡Hombre! usted es enemigo de la confesión, y sin embargo ha establecido en su familia lo mismo que Jesucristo estableció en su Iglesia.

LA IGLESIA Y SUS ENEMIGOS

No, no es la Iglesia Católica quien ha dicho que el pueblo era una *bestia de carga*, que debía conducirse por medio de la ignorancia y del látigo. Esta frase despreciable es de Lutero.

No, no es la Iglesia Católica quien ha dicho que el poder civil es infalible ó impecable, y que el imperio del sable debe sobrepujar al imperio del derecho. Esta irritante teoría es del protestante Tomás Hoppe, el maestro de Loke.

No, no es la Iglesia Católica quien ha dicho que todos los derechos desaparecen ante la voluntad de la multitud y que ésta queda descargada de todo deber y proveída de un derecho ilimitado: estas doctrinas repugnantes son de J. J. Rousseau.

Jamás la Iglesia Católica ha ostentado semejantes teorías. Lejos de conducir al despotismo, aleja de él. Puede decirse que la Iglesia y el despotismo son los dos platillos de una balanza: cuando se levanta el uno baja el otro. Es una ley de la humanidad, una ley de la historia.

Sanas preguntas

¿Quién niega la existencia de Dios?

Todo aquel que no puede oír el santo Nombre de Dios sin manifestar la rabia ó el miedo que aquel nombre le inspira.

¿Quiénes se sublevan contra el dogma de los castigos eternos?

Todos los que por sus audacias ó crímenes los han merecido.

¿Quién acusa á la Religión de hacer del hombre una bestia?

Los que retrotraen el origen del hombre al mono, y tienen á éste por padre, por hermanos á los demás animales, por regla de moral las pasiones más criminales, y por fin del hombre la nada.

¿Quién habla continuamente del progreso?

Los que quieren retroceder hasta el paganismo, alabando sin cesar sus tiranías, sus locuras y sus bacanales.

¿Quién sostiene que todas las religiones son buenas?

Los que no tienen ninguna y toleran las falsas y persiguen la verdad.

¿Existe el alma?

Un médico incrédulo dijo cierto día dirigiéndose á un sacerdote, conocido suyo:

—Puesto que en vuestros sermones soléis hablar de la salvación del alma, ¿podréis decirme si habéis visto ó oído, adorado ó tocado un alma?

—Aun cuando ni he visto, ni oído ni adorado, ni tocado un alma, he podido comprobar su existencia,—replicó el sacerdote.

—Está bien; pero de los cinco sentidos corporales, cuatro atestiguan que no tenemos alma.

—Y puesto que sois médico y estáis en continuo contacto moral con el dolor, ¿le habéis visto, oído, adorado ó tocado alguna vez?

—Nunca—contestó el doctor.

—¿Pero no le habéis sentido jamás?

—Por desgracia, muchas veces.

—Y sin embargo, cuatro de nuestros sentidos atestiguan que el dolor no existe. ¿Os atreveríais á sostener por eso que el dolor no es sino una palabra, pero que no existe en realidad?

El doctor, cogido en sus propias redes, no tuvo más remedio que confesar que no hay razón ninguna para poder negar la existencia del alma.

Anda tú por mí

He aquí la respuesta que daba un padre á su hija, cada vez que ésta le invitaba á asistir á la iglesia los domingos. «Anda tú por mí: me siento algo cansado ahora...»

La pobre niña tenía que conformarse á la voluntad de su padre, tanto más, cuanto que su buena madre había muerto hacía tiempo, y ésta siempre la había acompañado á la iglesia sin pronunciar la helada frase que acostumbraba decir ahora su padre.

Una noche, como siempre, la niña había ido sola á cumplir con su deber de creyente; pero oró con más fervor que nunca, pidiendo

á Dios que iluminara á su padre para que se acercara á Él.

Ella acariciaba la dulce esperanza de que podía realizarse su deseo. Y así fué en verdad. Mientras ella estaba en el templo, su padre, que se había quedado solo, se recostó sobre un sofá y se durmió profundamente.

En breve principió á soñar. Su imaginación se elevó al espacio ilimitado y allí vió el Paraíso eterno, la morada de los bienaventurados.

En este instante reconoce á su hija que llega á las puertas del Edén celestial, donde es recibida por un ángel.

El quiere entrar también, pero el ángel le dice; ¡No! ¡Ella entrará por tí!

La niña levanta los ojos hacia su padre con aquella expresión melancólica tan conocida de él; pero el ángel la conduce adentro y cierra la puerta.

El ruido que hizo su hija al penetrar en la habitación, despertó al inquieto padre, quien desde ese momento prometió acompañarla al templo y no volverla á decir jamás:

¡Anda tú por mí!

Sección Recreativa

¡LOS GRANDES INVENTOS!

Si, si; los grandes inventos. Todo es mentira. Aquí tiene Ud. una lente de las que llaman de mucho aumento: ahí, sobre la mesa un recibo de veinte pesetas. Pues bien, mire Ud. como quiera, el aumento no lo notará, siempre verá las mismas veinte pesetas.

MISCELANEA

Un viajero llega por la noche á su cuarto en el Hotel, comienza á descalzarse, saca la primera bota y tirándola por alto la deja caer ruidosamente en el piso.

Mas al punto, reflexionando que puede haber molestado á su vecino del bajo, saca la otra bota y la coloca suavemente en el suelo, se desnuda y se acuesta.

Tres horas después, despierta al ruido de repetidos golpes dados en la puerta del cuarto, y grita:

—¿Quién vá?

—El vecino del bajo; llevo tres horas esperando que saque V. la segunda bota, para poder dormirme. ¿Se decide V. á sacarla ó no?

EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

A las conferencias de San Vicente de Paul, Hospitales, Escuelas de Adultos, Cocinas Económicas y Catecismos se hace el 25 por 100 de descuento, pagando por semestres ó años adelantados.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Epoca» San Bernardo 23 y en la imprenta de «El Popular» Cabrales 1.

La correspondencia de provincias al Director de «El Amigo del Pobre».—Gijón.

Los pagos de fuera de la localidad, pueden hacerse por trimestres, semestres ó años anticipados en libranza del giro mútuo ó en sellos de 0'15 de peseta y de 0'25.

Los números de «El Amigo del Pobre» que nuestros suscriptores de la localidad tienen á bien dejarnos para el reparto por nuestra cuenta, se distribuyen siempre á los obreros á la salida del trabajo.